

Experiencia genial para los jóvenes.

Ya hemos recorrido la mayor parte de los elementos fundantes y permanentes del Oratorio de Don Bosco. Los retomaremos colocándolos dentro de aquello que llamamos la “Pedagogía de Don Bosco”.

Seguramente a esta altura ya hayan tratado muchos temas y la lectura de esta ficha resulte reiterativa. No importa... Viene bien recordarlo. Tal vez el mayor provecho se lo puedan sacar al momento de hacer una evaluación a mitad o a final del año, como manera de compararse con una referencia; o en alguna jornada de retiro; o al programar actividades.

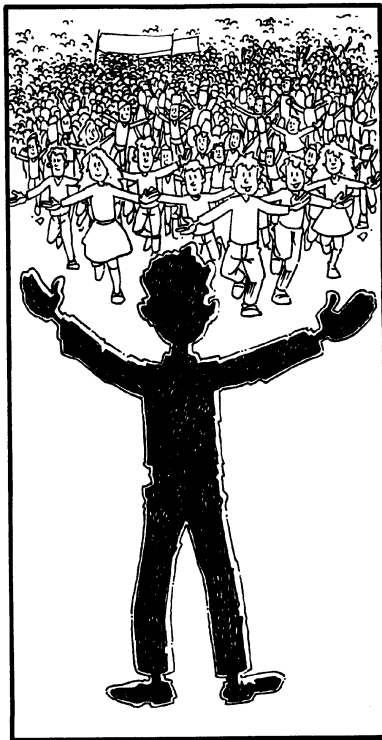
Esta páginas te muestran ocho indicadores que te servirán para soñar con esperanza tu oratorio.

1. La pedagogía de la dedicación total

El oratorio como Don Bosco lo ha vivido y lo ha enseñado no está constituido por estructuras: es ante todo una disposición espiritual y psicológica de la cual emanan el entusiasmo, paciencia, constancia...

Para hacer “Oratorio” (SDB, FMA, animadores...) se requiere una dedicación total, sin romanticismos, es algo que compromete toda la persona.

En el Sistema Preventivo, Don Bosco escribe: “el educador es un individuo consagrado al bien de sus alumnos, por eso, debe estar pronto a afrontar toda molestia, todo cansancio, para conseguir su fin que es la educación civil, moral, científica y religiosa de sus alumnos”. Quizás se le debería dar más peso a la palabra “consagrado” en la elección y en la formación de tantos animadores.



“Mi vida es estar con ustedes”, repetía D. Bosco; sin embargo, sabemos cuánto sacrificio, cuánto cansancio le ha costado todo esto en ciertos momentos. Es así para todo educador que no trabaja para sí mismo ni para su prestigio personal, pero que ama con todo el corazón a sus gurises.

¡El Oratorio era el corazón de Don Bosco! Hoy, el oratorio es el corazón de cuantos saben darse con la misma generosidad que él, “hasta el último aliento”.

Y aquí, en esta pasión educativa por los jóvenes, en una vida jugada en función de su realización humana y cristiana, en este darse gozoso sin cálculos, está el secreto del oratorio de ayer y de hoy.

Es mirando a Valdocco que queremos evidenciar algunos elementos “perennes” que nos ayuden en el hoy, para que aquella “ansia de oratorio” que estalló hace 150 años, continúe contagiando a muchos, “para el bien de la juventud en peligro”. ¡EL ORATORIO ESTÁ EN TÍ: ERES TÚ!

2. La pedagogía del amor demostrado y recibido

“L'amorevolezza” sinónimo de caridad y de afecto, es el centro de todo. Se traduce en expresiones de confianza y de familiaridad, en el aprecio de las cosas que aman los jóvenes y de sus justas peticiones.

Un amor que se expresa así, si es percibido, ahuyenta todo obstáculo y constituye un canal privilegiado para las propuestas de valores y para la educación, porque habla el lenguaje del corazón y conquista los corazones de los jóvenes.

Como D. Bosco, el animador va a buscar a sus muchachos, conoce su historia y sus cualidades, los entretiene con alegría, sabe hacérselos amigos. Elige a los que tiene mayores posibilidades de riesgo, habla con ellos con frecuencia, no los abandona; tiene un cuidado personal de cada uno.

“Es necesario que los jóvenes no sólo sean amados, sino que ellos mismos se den cuenta de que son amados... Quien quiere ser amado, es necesario que haga ver que ama... Quien sabe que es amado, ama; y quien es amado lo obtiene todo especialmente de los jóvenes” (Carta de Roma)

3. La pedagogía de la acogida y de la presencia

Juan Roda, recibido a la edad de 12 años, huérfano y muy pobre, recuerda el recibimiento de Don Bosco cuando llegó a Valdocco:

“Cuando llegamos a la puerta, antes de atravesar el patio, Don Bosco gritó fuerte:

-Madre, ven un poco aquí, ven a ver quién ha llegado.

Gritó así, haciendo fiesta, como cuando llega un pariente o un hijo... Desde aquel momento, el oratorio fue mi casa y Don Bosco, mi padre.”

La persona del muchacho recibida y amada como el es y por lo que es, con sus límites, con sus potencialidades y es valorada.

El saludo, el diálogo cordial, el compartir el juego y los problemas de cada día, la capacidad de escucha, la disponibilidad paciente: son condiciones en las que se concretiza un recibimiento amistoso.

Para recibir, hay que estar presente: la asistencia salesiana hecha de presencia significativa y educativa, especialmente en los momentos de recreo: *“El maestro que sólo se lo ve en la cátedra, es maestro y nada más; pero si va al patio con los alumnos es un hermano. Si a uno se lo ve sólo predicar desde el púlpito, se dirá que hace ni más ni menos que su deber; pero si dice una palabra en el recreo, es la palabra de uno que ama”*. (Carta de Roma).



4. La pedagogía de ambiente

Es la misma presencia del educador/a la que asegura el clima hecho de respeto de las cosas de las personas, de cordialidad y de progresiva integración. Si no es ambiente educativo, el oratorio es una casa de acogida sólo de palabra y muchas veces no lo es, justamente porque faltan las figuras de referencia (SDB/FMA, animadores, colaboradores...) que *“como padres amorosos/as hablen, sirvan de guía en los acontecimientos, den consejos y corrijan con cariño”*. Cada una de estas palabras es un elemento importante para construir “el clima”

Don Bosco, no fue sólo un organizador, sino el que conocía a los jóvenes personalmente y sabía hablar al corazón. Los colaboradores, adultos y jóvenes, eran elegidos con cuidado por sus dotes personales, la madurez humana y el nivel de ejemplaridad y de vida espiritual: enriquecían el ambiente con su presencia significativa y amigable. Cada uno de ellos era un “pequeño Don Bosco” entre los compañeros, en la calle y en los juegos...

Un ambiente educativo es el primer paso para una buena educación. Habla a los jóvenes por una multiplicidad de lenguajes y entra “por la piel”.

Podríamos decir que el oratorio es un *genial instrumento de comunicación global*: basta integrarse para ser envueltos y percibir los valores traducidos en experiencias formativas, en un estilo de vida y de relación. El ambiente llega a ser un fascinante y envolvente *método de formación* humana y cristiana: los mensajes propiamente religiosos y los humanos de ciudadanía, de moralidad, de sociabilidad, se entrecruzan y se integran.

5. La pedagogía de la integración y de la corresponsabilidad

Los jóvenes no son tratados como simples destinatarios de las iniciativas propuestas por los educadores. Don Bosco sabe que los jóvenes son los mejores educadores de sus compañeros, por esto desde la iglesia al patio, desde la formación a la expresión, están todos envueltos en una misma experiencia de la que son corresponsables: juegos para todas las edades, habilidades físicas, roles diversificados en la oración y en la liturgia (monaguillos, cantores, sacristanes...). En el camino de la integración no se quiere excluir a ninguno, se adapta a la capacidad de cada uno y lleva a los más dotados a una creciente tensión misionera y espiritual.

Cuando Don Bosco encontraba un grupo de jóvenes, en su mente aparecía un plan en tres tiempos:

Buscaba inmediatamente quiénes eran los líderes positivos. Procuraba ganar su amistad y les ofrecía la posibilidad de ser mejores. Los lanzaba en medio de sus compañeros con estas palabras: “Busquen hacerles el bien”.

Es la consecuencia del espíritu de familia, que se respiraba en el oratorio: si se está en familia, todos tiene el derecho-deber de dar una mano.

Responsabilizar, significa ayudar al joven a asumir poco a poco su rol en la sociedad, a la que aportar aquellos valores participados y vividos en el oratorio.

Concretamente, esto comporta:

- Competencia profesional;
- Convicciones fundadas sobre algunos valores importantes (honestidad, sentido del deber, respeto a los otros, disponibilidad a la ayuda, sentido crítico...)
- Atención al mundo circundante (trabajo, patio, familia, Iglesia), con voluntad de hacer el propio aporte.

6. La pedagogía de la fiesta y de la alegría.

Es uno de los elementos más vistosos del oratorio. En la mente y en la praxis de Don Bosco, las fiestas son cuidadosamente distribuidas a lo largo del año oratoriano como etapas de un camino formativo.

La alegría era para Don Bosco el decimoprimer mandamiento; una alegría que nace de la relación de confianza y colaboración entre educadores y jóvenes.

Una comunidad que se interesa y participa en la vida de los jóvenes con la voluntad de crecer junto con ellos, para experimentar la alegría de la “comuni3n de los corazones”

Una alegría la salesiana, que se funda sobre la presencia del Se3or en la vida de todos los d3as, en la materna asistencia de Mar3a Sant3sima y en el “saberse amados” por los educadores.

7. La pedagogía de grupos

El car3cter popular y misionero del oratorio, de Don Bosco, forma un espacio de convocaci3n juvenil desde los primeros tiempos; el oratorio se ha caracterizado siempre por una pedagogía de grupos.

Don Bosco, ha obtenido resultados estupendos con una presencia personal, continua y directa, con el aporte de tantos colaboradores, la subdivisi3n ordenada de los quehaceres y de los roles y la promoci3n de un ambiente de propuesta...

Pero una de las estrategias m3s eficaces ha sido la creaci3n de grupos y de asociaciones, que le han permitido ofrecer continuos, cualificados y mayores est3mulos de crecimiento a los m3s receptivos y al mismo tiempo, encontrar, colaboraci3n eficaz.

Las “Compa3n3as” eran grupos en los que circulaban propuestas educativas en los que daban garant3a de empe3o y de eficaz inserci3n apost3lica en el ambiente.

En este equilibrio entre cuidar de la gran masa y la atenci3n a la formaci3n de peque3os grupos escogidos, (y al muchacho en particular) est3 uno de los secretos m3s preciados de su pedagogía.

8. Una pedagogía que apunta a la evangelización

Toda la obra de D. Bosco demuestra una gran preocupación por “la salvación” de los jóvenes”. Es el corazón y la finalidad principal que sostiene toda su acción, por la cual “se forma a sí mismo, se realiza a sí mismo, y se lanza a la batalla porque se siente dentro del plan de Dios Salvador.”

Para Don Bosco, evangelizar, significa:

Construir un ambiente en el cual hablar de Dios, hacer propuestas religiosas y de trabajo apostólico, y esto sea percibido por los jóvenes, como fidelidad a una identidad irrenunciable.



En Valdocco los jóvenes aprendían a conjugar al mismo tiempo los verbos “jugar, estudiar, y rezar”. Don Bosco les presentaba una santidad fácil, alegre, y a la puerta de todos: hacer bien los propios deberes de estudiante (o trabajador) y de buen cristiano.

La vida de todos los días con todas las obligaciones, era el lugar en que tenían que demostrar que eran cristianos.

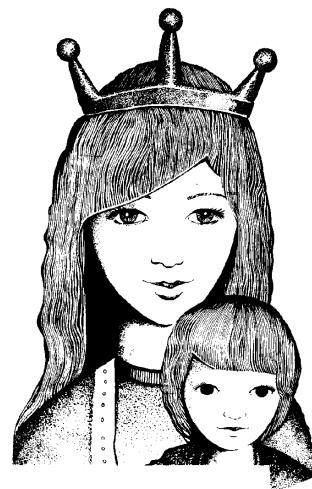
Encaminar a los jóvenes hacia la oración y los sacramentos: dentro de la atmósfera del oratorio rica de presencia de Dios, nacía la invitación oferta de momentos de oración de catequesis. “Se pasaba del patio a la Capilla, del juego a la oración con naturalidad y con la misma naturalidad se volvía al ambiente de estudio. Todo esto, era hacer el propio deber, como enseñaba Don Bosco”, recuerdan algunos alumnos de los primeros tiempos.

“La confesión y la comunión frecuentes, la misa de todos los días, son las columnas que deben sostener un edificio educativo, del que se quiere tener lejos la amenaza de la castigo” (Sistema Preventivo).

Es en esta escuela “sacramental” en la que maduran las columnas del oratorio primero, y de la Congregación Salesiana después.

En otras palabras, Don Bosco presenta su obra educativa ante todo como un lugar de educación en la fe. En su programa la educación religiosa mantiene el primado, constituye el fundamento y la opción en la que hay que trabajar por la juventud. De este tipo de educación (nunca impuesta, pero siempre ambientada: “*dése amplia posibilidad!*”) surgen en los jóvenes motivaciones interiores, energías de empeño y de tensión espiritual.

En este camino de evangelización tiene un puesto de relevancia la *devoción a la Virgen*, invocada con el título de Auxiliadora. Señala a los jóvenes a María como Madre y Auxilio de su juventud. “*Te daré una maestra*” (sueño de los 9 años) Resulta para él un deber de regalar a todo joven que encuentra y que aún hoy pasa por sus casas el amor de y para “su” maestra.



Ayudar a los jóvenes a descubrir su propia vocación personal: cada uno, enseña Don Bosco, está llamado a ocupar un lugar bien preciso dentro de la historia; por esto es que ha recibido de Dios cualidades, aptitudes y oportunidades de las que tendrá que dar cuenta.

En el oratorio el joven se va educando para madurar y realizar *una* elección vocacional con la guía espiritual y el progresivo asumir responsabilidades en los ambientes de la vida de todos los días.

Don Bosco apunta a hacer de sus muchachos misioneros entre los propios compañeros, sea entre los que frecuentaban el oratorio, sea entre aquellos de la propia casa o sector de trabajo.

Esto sucede al implicarlos en la acción pastoral en tareas diversificadas, desde la catequesis hasta la vigilancia en el desarrollo de los juegos, desde la clase, al interesar-se por los compañeros más necesitados, a la animación de los recreos.